

La arqueología prehistórica chilena y su dimensión humanística

Carlos Munizaga

La carencia en Chile de monumentos como las pirámides egipcias que ilustraban nuestros textos de estudio liceanos nos ha producido una especie de complejo de inferioridad. Este complejo implica, además, una dificultad para penetrar en la esencia social y cultural de nuestro pasado prehistórico. Conduce a que la arqueología sea considerada, por la masa de la población, con un tipo de pensamiento "infantil" que sólo reacciona ante evidencias muy concretas o de gran volumen, pero que es incapaz de abstraer, de sentir la atracción del sondeo espiritual, que es la esencia del humanismo y que provoca toda obra del hombre. Desperdiciamos así la dimensión humanista de la prehistoria en cuanto ella nos ofrece instrumentos para trabajar en problemas prácticos vinculados al *sentido* de nuestra sociedad¹.

No tenemos manifestaciones arqueológicas monumentales como las de México, Perú, Europa y Egipto. Nuestros monumentos prehistóricos arquitectónicos están constituidos principalmente por fortalezas (puca-rás) como la de Lasana, en las márgenes del río Loa, cerca de Calama²;

¹ Una excelente síntesis de los conceptos de humanismo, humanidades, ciencia, tecnología, de sus acepciones y cambio de matices en la historia de ellos aparece en "Teoría y praxis en la concepción del saber", de Joaquín Barceló, que se publicara en la *Revista de Filosofía* [Santiago], vol. XV, N° 1, 1977, pp. 7-25. Es particularmente útil aquella acepción del humanismo como actividad que no está siempre en una torre de marfil, sino que junto con la contemplación se sumerge en la práctica de problemas sociales, morales, políticos, relativos al sentido del hombre. Este artículo ilumina muchas de nuestras referencias a las potencialidades prácticas de la arqueología para abordar o ilustrar situaciones de plena actualidad, como las de educación, de los conflictos de cultura, las de zonas de frontera de nuestro país, etc. Es posible que una confusión de la arqueología como ciencia (y todavía del pasado) la haya relegado a una situación de museo, olvidando su dimensión humanista, que no es otra, pero complementaria con la científica, y que puede elevarla a la calidad de instrumento vital para la interpretación del sentido de nuestra vida sociocultural.

² Descripciones e interpretaciones concernientes a la fortaleza de Lasana se encuentran en el trabajo de Stig Ryden, *Contributions to the Archaeology of the Rio Loa Region*, Blanders Boktryckeri Actiebolag, Göteborg, Suecia, 1944.

o la de Chena, en San Bernardo, a unos pasos de Santiago, nuestra capital, esta última estudiada por Rubén Stehberg (1976). Hay también "tambos" (refugios para pernoctar) y caseríos, también en el norte. La mayor parte de estas construcciones está muy deteriorada. Tal vez lo más grandioso que poseemos, aunque un poco *invisible*, se refiere a estructura vial: El Camino del Inca, que sirvió para ligar unidades de un enorme imperio, asimilable a las grandes vías del imperio romano³. Hay riqueza estética en petroglifos, como lo demuestran las investigaciones de Hans Niemayer. Nuestra Isla de Pascua, en el área polinésica, constituye, con sus templos y gigantescas esculturas de piedra, una excepción (CRISTINO et al.).

Esta *invisibilidad* social de nuestros monumentos impide que las antiguas manifestaciones de sociedades del pasado, que nos suministra nuestra antropología, constituyan nuevos elementos de estímulo, de sorpresa, de posición interrogante ante lo ignorado. Es decir, que cumplan la función de estimular la indagación humanista. Porque estas sociedades prehistóricas o actuales que revela la antropología pueden producir, repetir, actitudes semejantes a las que experimentó el Renacimiento clásico, ante la sorpresa del redescubrimiento de las culturas perdidas del mundo antiguo. Lévi-Strauss, el gran antropólogo francés, ha sugerido este papel de la antropología como reveladora de nuevos territorios, de nuevas formas de vida humana, antes desconocidas, que estarían llamando constantemente a la repetición, continuación de nuevos y sucesivos "renacimientos" y toma de posesión de nuevos territorios para las humanidades. No hay duda que, en Chile, es ésta una perspectiva que desde un comienzo debemos consolidar. Porque a cada momento la arqueología y la antropología nos están revelando nuevas sociedades humanas con formas peculiares de estructura, de religión, de tecnología, de arte. Estas o están hundidas en la prehistoria; o vivientes hoy, en los territorios lejanos del altiplano nortino chileno; o en las cercanas comunidades indígenas del sur; o en la compleja y no sondeada cultura de los núcleos campesinos y urbanos de hoy. Por ahora nos proponemos plantear la dimensión humanística sólo de la etapa *prehistórica*, que ofrece potencialidades, a nuestro juicio, enormes para la educación actual, para la unificación, construcción y anclaje de nuestra cultura, para iluminar problemas prácticos de hoy, para la ubicación de Chile en el concierto social, cultural universal. Después, en otros trabajos, podemos analizar la dimensión humanista en relación con otros aspectos de las comprobaciones, aportes, que nos su-

³ Informaciones verbales de la profesora Antonia Benavente, Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas, se refieren a restos en la comuna de La Reina, en la ciudad de Santiago (entre 180 a. C. y 430 d. C.).

ministran las ciencias sociales en Chile con respecto a etapas sociales más próximas o aun actuales de nuestro país.

Esta percepción infantil de que hablamos ha afectado la plataforma social de apoyo (especialmente en la masa de la población) y aun el territorio de la ciencia arqueológica misma en nuestro país. No es extraño escuchar, desde hace tiempo, expresiones como éstas: ¿qué se puede hacer en Chile en arqueología... si no hay monumentos... si no hay nada. Pero ilustremos con un impresionante ejemplo un caso de costo social y retraso científico, debido a esta causa, en Chile: la extraordinaria arqueología del interior del norte de nuestro país era casi inexistente hasta 1953, especialmente en el nivel precerámico y en gran parte de las primeras fases cerámicas y su antigüedad. En ese momento, el sacerdote Gustavo Le Paige inicia en San Pedro de Atacama el descubrimiento de un mundo prehistórico muy antiguo que estaba sumergido en un sueño milenario. El reabre allí el estudio de la prehistoria del interior del área norte chilena con nuevos problemas estéticos, religiosos, económicos, administrativos, etc. Es increíble que esa enorme región era como un predio no rentable para la arqueología. Y esta drástica lección de Gustavo Le Paige es una ilustración clara para Chile, de nuestro complejo por falta de grandes monumentos, del que nos hemos ido reponiendo gracias a la participación de los arqueólogos chilenos y extranjeros, tanto en el norte como en la zona central⁴ e incluso en el seno mismo de Santiago, la capital de Chile (STEHBERG, 1980). Pero creemos que tal complejo sigue vigente en la gran masa de la población chilena.

El significado y el mérito de Le Paige, al entregar nuevos territorios a la indagación de la ciencia y las humanidades en nuestro país, debería constar en los textos de enseñanza de todos los niveles. Y, aunque sea majadero, los alumnos de Arte deberían ya, en la universidades, estar esculpiendo torsos, o representaciones de Le Paige, descubriendo un nuevo mundo prehistórico en el interior del Norte de Chile.

Este énfasis en la apreciación de lo *visible* constituye una valoración *bancaria* contable del pasado prehistórico chileno. Sobre la base de balances en los que las partidas de elementos *materiales*, especialmente las construcciones monumentales, tienen un peso contable mayor; es un criterio numérico de inventario y volumétrico (que los restos sean grandes).

⁴ Los trabajos arqueológicos hechos en Cuchipuy, San Vicente de Tagua-Tagua, tienen para este sitio fechados de radiocarbono de 8.000 años atrás para restos humanos. En este lugar aparece una cantidad impresionante de esqueletos (más de 200, según información verbal de J. Kaltwasser). Sería, según sus autores, uno de los sitios más importantes del Nuevo Mundo para realizar estudios sociales, paleodemográficos, etc. Al respecto, véase Kaltwasser, Jorge; Medina, Alberto; Munizaga, Juan, "Cementerio del período arcaico en Cuchipuy", *Revista Chilena de Antropología* [Santiago], N° 3, 1980, pp. 109-123.

Esta visión generalizada en la gran masa de nuestra población ha deteriorado, aplastado, apagado la *esencia* del proceso humano que la arqueología revela y muchas potencialidades prácticas para entender y aun manipular el presente. Es como si las luchas del hombre prehistórico por desarrollarse, por sobrevivir, por relacionarse con la naturaleza, con las fuerzas sobrenaturales, divinas; por organizarse socialmente; sus angustias, no tuvieron importancia porque no quedaron en un *envase* vistoso, comerciable, o publicable en una lámina de texto o de postal turística. Y, en consecuencia, no constituirían formas de la vida humana que el humanismo deba indagar con ardor.

Tal vez varias generaciones en Chile fuimos traumatizadas con el complejo de las pirámides de Egipto de los textos de historia en el liceo, y quedamos ciegos respecto de la *esencia* humanista y científica de los *tempranos*, formidables procesos y conflictos en la vida de nuestros antecesores en el escenario de la tierra chilena. Sería lamentable que este complejo continuara y que el sentido social-cultural de "lo que ocurrió" durante milenios en nuestra tierra esté escindido, ajeno a la cultura nacional. Esta duda nos lleva a plantearnos preguntas al respecto. Pensando en la interrogante anterior, no sé cómo los educadores, los pedagogos, programan hoy, por ejemplo, en la educación básica o media, el fuego inicial, intelectual, afectivo, que empujará finalmente a abrigar la hoguera que nos impulsa después hacia el misterio del estudio de la sociedad pasada y presente, de la historia y la prehistoria y sus quemantes relaciones con problemas sociales actuales. Tal vez sería bueno revisar viejos textos chilenos y extranjeros de educación media. En este aspecto no olvidaré que cuando yo tenía trece años mi antiguo profesor de historia, que después fue decano de universidad, don Santiago Peña y Lillo, manejaba en nuestras clases de segundo año de liceo, siendo unos insignificantes adolescentes, conceptos humanistas como el de "fe en el progreso del espíritu". Y me tocó vivir la extraña situación que un dibujo mío que representaba una mujer arrodillada con una antorcha y que lleva ese título se publicara en el texto de historia en el que estudiábamos y del que Peña y Lillo era autor, hace ya medio siglo, por el año 1930. Fue esa mi primera publicación, que expresaba un alto grado de fe en el estudio del progreso del espíritu en la historia del hombre y en la posibilidad de desarrollo de la sociedad pasada y futura. Lo más importante es que eran temas de humanismo que yo apenas atisbaba, pero me enardecían y en el liceo me era permitido expresarlo. Esas clases de historia y prehistoria de aquel tiempo me tornan familiar el pensar en ligazones entre ideas, sentimientos, sociedad, espíritu y hechos científicos. Tal vez este caso no fue excepcional y convendría revisar en la historia de la pedagogía chilena los viejos textos de educación media o testimonios de viejos maestros y discípulos acerca de cómo se enseñaba la prehistoria en el

pasado. Si yo me mirara desde afuera, me sentiría muy desgraciado de no haber recibido en el liceo, cuando niño, clases sobre prehistoria e ideas sobre el espíritu y la sociedad como las de las clases del profesor Peña y Lillo. Pero algo más crítico para nuestra cultura es saber cómo abordar hoy la potencial riqueza del tema, materia que compete en parte a la universidad.

¿Qué hacer entonces? Es corriente hoy que se nos pidan soluciones *operativas mensurables*, evaluables; se exige para todo una tecnología refinada. Si no es así, nuestros propósitos quedan en el archivo. Esto es razonable, pero creo que es ésta una oportunidad para esbozar formas en que nuestra sociedad y las universidades pueden contribuir a integrar la perspectiva humanista en las secciones desvaídas de nuestra prehistoria, construyendo un andamiaje que sirva para que prehistoria y humanismo se ordenen y se interfecunden. Este andamiaje debería poseer una estructura *operativa* que, por ahora, no puedo suministrar. Pero él debe, por una parte, dar posibilidades para revelar la envergadura sociocultural de los procesos antiguos del hombre y, por la otra, debe iluminar dichos procesos para facilitar la indagación en ellos de la esencia que preocupa al humanista. La construcción de este andamiaje para el pueblo chileno debe ser apoyada por *monumentos interpretativos*, que reflejen un carácter estético, escultórico, arquitectónico, literario, filosófico, histórico, musical. Debemos construirlos con la participación de todos los grupos de nuestro país y en esta labor las universidades tienen su papel importante.

No importa que nuestros antecesores prehistóricos no nos legaran pirámides. El espíritu y la cultura nacionales deben construir otro tipo de pirámides hoy: tratar de coger la esencia de los procesos estelares de la prehistoria chilena y materializarlos en obras que sirvan como hitos provisorios de orientación sobre el significado, el destino, el sentido de las sociedades prehistóricas en sus milenios de actuación en el escenario físico de Chile.

Veamos, en seguida, si poseemos en el campo de la prehistoria base científica, por lo menos elemental, que justifique esta tarea de integración y énfasis humanista en Chile. Este énfasis estaría constituido por la actitud de apertura a la indagación de la esencia de aquellas nuevas sociedades prehistóricas que nos va descubriendo día a día la arqueología; indagación acerca de la forma en que estas sociedades han sido pertinentes para el significado, el destino, la cambiante, incierta, peligrosa vinculación y posición del hombre en la naturaleza y su sociedad, las angustias y problemas de sus propios programas de vida.

Procuremos contestar a la interrogante anterior; ¿han tenido lugar en el territorio de Chile procesos socioculturales supremos durante la prehistoria? Sí, importantísimos. La ciencia arqueológica los ha revelado. Y nos corresponde construir, subrayar la "monumental" potencialidad

humana de tales procesos que han dejado, sin embargo, frágiles, pálidas, poco notorias evidencias en el sentido volumétrico, cuantitativo.

Tomemos al azar dos ejemplos de tales fenómenos protagónicos antes que se desvanezcan y ya no sea posible construir siquiera un andamiaje de estas epopeyas antiguas. El primer ejemplo se refiere al paso de la etapa preagrícola a la agrícola. El segundo ejemplo aborda el "hidribismo" cultural, que se inició tempranamente en Chile en el contacto de culturas prehistóricas.

En lo que respecta al paso a la agricultura, en el norte de Chile, por ejemplo, en la costa de Arica⁵, se han comprobado formas sociales, técnicas, que llevaron al hombre a dominar la naturaleza mediante prácticas agrícolas. Es éste un maravilloso proceso socioeconómico. Por una parte representa una revolución tecnológica formidable: ensayos, experimentaciones de selección de especies, un desarrollo de ciencia primitiva, de tecnologías unidas estrechamente a la religión, la magia, creencias, con repercusiones sociales demográficas y de organización social radicales. Pero, además, el aspecto humano de esta revolución agraria significa "misteriosos" contactos con nuevas concepciones de la tierra, de Dios, de fuerzas sobrenaturales, de hechos empíricos. Fuera de descubrir el hombre de Arica que podía "ordeñar" ahora la tierra a voluntad, se abrió una ventana para insondables penetraciones en la naturaleza para la consideración de nuevas "relaciones" entre el hombre y la tierra; acerca de nuevas *posiciones* del hombre en medio de su universo, en esos milenios. Tal vez se trata de un momento culminante, inefable, en que el grupo humano, consciente o implícitamente, reexamina su "destino". Este proceso supremo que grandes arqueólogos como Gordon Childe han llamado "la revolución agrícola", surgida en un grupo o recibida en él por difusión desde otro núcleo humano, muestra también en Chile la etapa anterior: la *preagrícola*. Esta etapa anterior nos muestra al hombre frente a la tierra, antes de lograr la *domesticación* de ella, lanzando a la naturaleza... ¿lánguidos?... ¿angustiados?... ¿ansiosos?... llamados; pregunta para establecer o descubrir nuevas conexiones con ella. Sintiendo, a veces, aplastado por la tierra y, otras, atisbando en signos equívocos de algún brote de hierba una futura domesticación o relación que tal vez ocurriría sólo decenas, centenas o milenios en el futuro. Pero estas etapas, estas revoluciones socioeconómicas, hermanadas con revoluciones del espíritu, han quedado a veces en Chile norte,

⁵ La primera obra que formuló, con excavaciones, una etapa precerámica en el norte de Chile fue la de Max Uhle, *Fundamentos étnicos y arqueológicos de Arica y Tacna*, 2ª ed., Quito, 1922. Después, hay una abundante literatura científica con resúmenes, confrontaciones y nuevas evidencias, incluso fechados radiocarbónicos de estas etapas.

central y austral indicadas sólo por frágiles, pálidas semillas de quínuva o mazorcas de maíz... Por el momento afirmaremos que lo que había de pertinente y propiamente humano, de radical en cuanto al destino y sentido del hombre en estas tempranas revoluciones socioeconómicas, tecnológicas, ha quedado en Chile opacado o ajeno a la cultura nacional, en cuanto sistema de ideas que debemos compartir, para tener una línea de orientación y dirección con nuestro pasado y de continuidad con el presente. Un trabajo de Núñez, de 1980, es un excelente ejemplo de comprobación de estos largos procesos, partiendo de la arqueología prehistórica para llegar a la visión social actual.

En cuanto al hibridismo cultural, a los contactos de sociedades prehistóricas, cabe recordar el caso de Coyo.

Este es un sitio perdido en el altiplano chileno (MUNIZAGA, 1963). Pero allí se encuentra una cantidad enorme de elementos materiales (conchas de moluscos, trozos de cerámica, textiles, etc.) que pertenecen a culturas ubicadas a veces a distancias enormes; del noroeste argentino, del altiplano boliviano, de la costa del océano Pacífico, de la Amazonia. Es un sitio como mercado de intercambios, una escrucijada en que falta estudiar, con precisión, cómo se produjeron los encuentros de cultura: ¿simultáneamente?, ¿a través de milenios? ⁶. Se advierten allí contactos con nuevos instrumentos de trabajo, recetas mágicas para la enfermedad ⁷, el amor, formas cerámicas, intercambios tecnológicos, de religiones, de concepciones del mundo. Pero detrás de este inventario de objetos de apariencia magra..., deteriorados, despedazados, existe un verdadero "altar del hibridismo cultural"; el hibridismo que parece ser uno de los caracteres de la esencia de la naturaleza humana y un proceso esencial, crítico, en la evolución de las sociedades. El hibridismo implica cruzamiento de ideas, engendrar nuevos productos ideales y materiales provenientes de las más diversas razas, actitudes, sentimientos, concepciones estéticas, religiosas. Cruzamientos que produjeron productos viables, oportunos;

⁶ Un eficaz trabajo sobre contactos culturales en el norte de Chile, con implicaciones sociales, políticas, administrativas, en que se recomienda la integración de historia, arqueología, economía, es el de John Murra, "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas", en *Visita de la provincia de León de Huánuco (1562) por Iñigo Ortiz de Zúñiga*, de J. V. Murra, Edit. Huánuco, Universidad Hermilio Valdizán, vol. II, pp. 429-476.

⁷ El autor de este artículo examinó un collar de 102 fémures de escarabajo, y resultó que el insecto era una especie de Bolivia, Brasil y Argentina. Se trataba, probablemente, de un amuleto contra enfermedades, importado, pues se halló en una tumba de Chiu-Chiu, cerca de Antofagasta, Chile, el cual pasó a ser la pieza N° 475 de las colecciones del Museo Histórico Nacional. Véase Carlos Munizaga, *Un adorno de patas de escarabajo en las colecciones arqueológicas de Max Uhle del norte de Chile*. Notas del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile [Santiago], N° 1, 1957, pp. 10-14.

otros cruzamientos que dieron semillas genéticamente estériles, monstruos; o que no eran todavía viables para esa sociedad. En lugares como éste y otros en Chile en que se realizó la incansable interfecundación prehistórica de culturas, que continúa hasta hoy y continuará, debe nuestra labor humanista reconstruir, abrirse al fenómeno peculiar, misterioso de la *hibridación* del espíritu humano; a las posibilidades de estudiar la eugenesia de sus frutos; a los peligros y sorpresas de sus engendros. Detenerse ante el "sentido" y las consecuencias que *centros de hibridación* prehistóricos como éste tuvieron para el desarrollo de la sociedad. Creo que algo elemental es que en la consideración de situaciones de hibridación relativamente simples de la prehistoria o de grupos primitivos es más fácil analizar, libres de elementos superficiales que se agregaron en el proceso de desarrollo, la esencia, el mecanismo básico de procesos culturales de contacto e hibridación cultural que están vigentes en Chile en la actualidad. Un ejemplo del presente chileno que debe penetrar más la antropología es el de las zonas de "frontera", en los que se producen curiosos hibridismos que son atingentes a la comprensión profunda de nuestro "ser" nacional y a problemas prácticos para la labor de orientación integral que corresponde al Estado. Por ejemplo: las zonas fronterizas con Bolivia, Perú y Argentina. Las "sicosocialmente ignotas" fronteras de la zona araucana chilena con Argentina. En todas ellas los procesos del pasado sirven para entender mejor los bizarros, ¿nuevos? productos humanos en que la genética de la cultura trabaja con leyes ignoradas, "misteriosas", como sucede en las fronteras de Israel con las sociedades árabes; produciendo conflictos de normas, de valores, revitalizando células olvidadas de las culturas; influyendo confusa y a veces peligrosamente en la idea misma del hombre, de derecho, de patria.

Pero además de considerar esto tenemos que reflexionar sobre estas especies de factorías sociales de hibridación de espíritus, de grupos: ¿cómo reconstruir, reestudiar, definir la esencia, las limitaciones, el peligro de la hibridación cultural para el ser y destino humanos?; ¿el misterio de encuentros de modos diferentes de percibir el mundo? Bueno, es una tarea para la actividad humanista que nuestras universidades y sus departamentos de Ciencias Sociales no deberían eludir. Y, en seguida, una tarea para los tecnólogos educacionales que deseen transmitir, enseñar este proceso viejísimo y al mismo tiempo actual.

En una palabra, con las pocas excepciones que hemos citado, no tenemos en Chile "monumentalidad" en el reflejo del proceso de desarrollo prehistórico. Pero tenemos multitud de evidencias que comprueban que a lo largo de la tierra chilena se dieron procesos cruciales que incitan a la reflexión sobre el sentido y el destino del hombre, procesos de la misma jerarquía de aquellos sobre los que en la actualidad el humanismo elabora posiciones a veces en fuerte controversia.

¿Qué hacer entonces para revitalizar, hacer más tangible nuestra prehistoria, con su potente red de fuerzas socioculturales, significativa para problemas universales del humanismo, pero que está velada por una modesta, frágil, poco visible cobertura material?

¿Cómo incorporar estas sociedades del pasado chileno que constituyen para el humanismo un material cultural tan original y sugerente como las viejas culturas del mundo antiguo que estimularon la vida humanística del siglo XV?

Sencillamente, a Chile le corresponde olvidar su complejo de "ausencia de pirámides" y construir, reflexionar, una estructura, siempre provisoria, con las invisibles fuerzas religiosas, estéticas, sobrenaturales, económicas, "misteriosas" (en el sentido que lo misterioso tiene para Heidegger⁸). Y recurriendo a escultores, arquitectos, pintores, filósofos, cientistas sociales, humanistas, construir nuestros propios monumentos, testimonio de interpretación humanista. Heidegger dijo que mucho pensamiento humanista es descalificado como mero sentimiento, especulación, porque es difícil de "medir", cosa que es más factible en el campo de la tecnología. Alguna vez la labor del humanista será medida tal vez con tanta precisión como algunos fenómenos físicos o químicos. Pero por el momento, para preservar nuestras fuentes básicas sobre el hombre en la prehistoria chilena, necesitamos un método, una estrategia en que predomine el contexto de *la actitud de descubrimiento*, de "apertura a lo nuevo", lo diferente, lo que fascina. Después vendrá el contexto de validación, como denominaran acertadamente esta dicotomía algunos autores, en terrenos pertenecientes a la propia ciencia (KAPLÁN y MANNERS). Una de las estrategias humanistas para contextos materiales pobres que, sin embargo, envuelven materiales espirituales ricos, repetimos, puede consistir en la elaboración de *pirámides culturales*. Porque... ¿dónde están en Chile (en sus calles, sus plazas, sus caminos) por ejemplo: "el monumento a los híbridos de la cultura"? ¿el monumento al descubrimiento de la agricultura?, ¿dónde los monumentos que se inspiran en las miradas que se entrecruzan al confrontarse dos pueblos andinos o sureños, hace miles de años? ¿Dónde están la reflexión, la música, la pintura, sobre el hombre americano atisbando la posible domesticación de la tierra? ¿Dónde el monumento a un arqueólogo, un científico, "entregando materiales nuevos al humanista"? ¿Dónde está el monumento de la prehistoria orientando el destino del chileno de hoy?

Formulemos o reformulemos entonces primero los tópicos acerca de la *esencia* de esas sociedades diferentes que revela la ciencia de la ar-

⁸ Las referencias a Heidegger que aquí hacemos provienen de un artículo de Jorge Acevedo, "La técnica en Heidegger", *Revista de Filosofía* [Santiago], vol. XV, N° 1, 1977, pp. 93-107.

queología. Y pensemos, construyamos estructuras protectoras e interpretativas, provisionales, de emergencia. Después, midamos lo que no está medido, si es posible; incluso, tratemos de medir elementos que parecen tan etéreos, pero que en realidad nos "empujan", como es "la apertura al misterio" de que habla Heidegger, como una de las claves del humanismo frente a los mundos que abre el desarrollo tecnológico.

La necesidad de la indagación humanista es ineludible, no sólo en arqueología. Lo es también en el campo de la arquitectura, de las ciencias, la botánica, etc., tanto prehistóricas como actuales. Y los tópicos humanistas universales son siempre en estos casos los mismos que en arqueología: ¿qué sentido, en qué forma, qué consecuencias, qué horizontes, qué peligros para el destino, el sentido del hombre, presentan los conocimientos, las experiencias, la tecnología que constantemente burbujea, al diseñar viviendas económicas para Santiago de Chile en nuestras escuelas de arquitectura; al descubrir nuevas sustancias en la estructura del mundo botánico en las escuelas de farmacia de nuestras universidades; al cambiar nuestros sistemas de educación y transmisión de la cultura? Todo lo que constituye ensayos de los que surgen nuevas relaciones entre el hombre, la naturaleza y su sociedad.

Lévi-Strauss destacó la indudable posición humanista de los expertos españoles que venían, a partir del siglo XV, al nuevo mundo para decidir cuestiones tales como si nuestros hombres americanos eran o no en realidad *hombres*, si verdaderamente tenían cuerpo y alma. No podemos hoy despreciar la oportunidad humanista del constante descubrimiento de nuevas sociedades prehistóricas: ¿eran nuevas formas de sociedad?, ¿con clases?, ¿con contrastantes formas de relaciones afectivas y sexuales?, ¿con otra concepción de las jerarquías?, ¿de Dios?, ¿de la familia? La antropología en general y la arqueología en particular nos están suministrando en Chile y el mundo un material sobre el hombre y la sociedad pasada y actual que los humanistas chilenos y extranjeros tienen la obligación de explotar con sus sondas, sus paradigmas, posiciones y actitudes propias.

En conclusión, hemos dicho que adolecemos de un complejo debido a la falta de monumentalidad prehistórica en Chile. Hemos sugerido la construcción de estructuras ideales y reales protectoras para ella, pese a que no puedan de inmediato satisfacerse urgencias tecnológicas y de mensuración. Hemos señalado el papel de la arqueología como ciencia y además como importante actividad que suministra día a día materiales de nuevas sociedades para la indagación humanista. Y por esta última sola razón las universidades deben impulsar el desarrollo de las ciencias antropológicas y arqueológicas. Para satisfacer requerimientos de referencia empíricas hemos ilustrado nuestras ideas con ejemplos de sitios concretos trabajados por la arqueología de Chile. Finalmente, para cum-

plir con satisfacer posibles dificultades para vincular el pasado y su potencialidad para entender el presente, hemos ligado fenómenos de la prehistoria con procesos sociales importantes que estamos viviendo actualmente, tales como la relación entre hibridismo cultural prehistórico y los fenómenos sociales y políticos que ocurren en nuestras fronteras. Hemos creído también que, en su conjunto, esta labor de integración contribuye al anclaje y a una más coherente y tal vez más participante ubicación de Chile en el concierto universal.

Creemos que sobre la base de temas restringidos, como el de este artículo, es posible acercarse mejor a las metas concretas de desarrollo con que el humanismo, como cemento, integra universidades y nación chilenas.

ABSTRACT *

In his paper, Prof. Munizaga refers to the particular significance of Anthropology as a science which deals with human conduct. Its great usefulness is emphasized for the proper understanding of man's evolution and development. The author then marks out the scientific bases upon which interpretative structures of pre-historic periods are elaborated, in relation to the phenomenon of cultural hybridism, with the purpose of defining the relationship between past stages and the social reality of our time.

REFERENCIAS

- CRISTINO FERRANDO, Claudio; VARGAS CASANOVA, Patricia; IZQUIETA SAN JUAN, Roberto, *Atlas arqueológico de la Isla de Pascua*, Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, Centro de Estudios de Isla de Pascua, Corporación Toesca, Santiago, 1981.
- CHILDE, Gordon, *Los orígenes de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, 1959.
- HYSLOP, John, "Jorge Iribarren y su estudio del Camino del Inca", *Boletín Museo Arqueológico* [La Serena], N° 16, 1977-1978, pp. 107-111.
- KAPLAN, David; MANNERS, Robert A., "Antropología: viejos temas y nuevas orientaciones", en *La antropología como ciencia*, José R. Llobera (comp.), Barcelona, Edit. Anagrama, 1975, pp. 55 y siguientes.
- LE PAIGE, Gustavo, "El precerámico en la cordillera atacameña y los cementerios del período agro-alfarero de San Pedro de Atacama", *Anales de la Universidad del Norte* [Antofagasta], N° 3, 1964, pp. 51-256.
- LÉVI-STRAUSS, Claude, *Las tres fuentes de la reflexión etnológica*", en *La antropología como ciencia*, José R. Llobera (comp.), Barcelona, Edit. Anagrama, 1975, pp. 15-23.

* Los abstracts han sido escritos en inglés por el profesor Rodolfo Rojo, del Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación de la Universidad de Chile.

- LINTON, Ralph, *Estudio del hombre*, Fondo de Cultura Económica, 1959.
- MUNIZAGA, Carlos, "Tipos cerámicos del sitio Coyo en San Pedro de Atacama", *Arqueología Chilena* [Santiago], N° 3, 1963, pp. 47-81.
- NIEMAYER, Hans, *Las pinturas rupestres de la sierra de Arica*, Edit. Universitaria, Santiago de Chile, 1972.
- NÚÑEZ, Lautaro, "Emergencia y desintegración de la sociedad tarapaqueña: riqueza y pobreza en una quebrada del norte chileno", *Atenea* [Concepción], 1980, pp. 163-213.
- PEÑA Y LILLO, Santiago, *Texto auxiliar para la enseñanza de la Historia, Geografía y Educación Cívica*, Imprenta Universitaria, tomo II, Santiago, 1936.
- STEBERG, Rubén, *La fortaleza de Chena y su relación con la ocupación incaica de Chile central*, tesis de grado para Licenciado en Prehistoria y Arqueología, Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1976.
- STEBERG, Rubén, "Aproximación metodológica al Estudio de Los Andes de Santiago", *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* [Santiago], N° 37, 1980, pp. 9-41.